

## MUSAS DE CARNE Y HUESO

P O R

RAMON DE GARCIASOL

«¡La mejor musa es la de carne y hueso!»  
(RUBÉN: *El canto errante.*)

En una carta nobilísima y muy conocida—«Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que escribo...»—, Rubén Darío—París, 5 septiembre 1907, *Epistolario I*, Volumen XIII de *Obras completas* del nicaragüense—le comunicaba a don Miguel de Unamuno que aún no había recibido su último libro. (Se refiere a *Poesías*) Y con grandeza y entendimiento advierte el autor de *Cantos de vida y esperanza*: «La independencia y la severidad de su modo le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas.» En el párrafo último de la misiva precisa el mejor Rubén, el básico que no logró aflorar siempre: «Usted es un espíritu director. Su preocupación sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad.» Y le ruega, en lógica consecuencia—¿o le manda?—: «Sea, pues, justo y bueno.»

Unamuno había sido muy duro con Rubén—recuérdese la ironía cruel de que al príncipe del modernismo se le veía la pluma de indio bajo la chistera diplomática—. Más tarde rectificó honorablemente—a veces el ingenio se les come el juicio a los grandes—, como prueba su artículo a la muerte del extraordinario cantor. Es posible que sea verdad lo que dice en su trabajo—*Mis relaciones con Unamuno*—el excepcional mejicano Alfonso Reyes—1889-1959—sobre la imposibilidad de entendimiento entre Rubén y don Miguel, porque el primero «tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales, y Unamuno tiene todos los pecados del Angel, que son mortales».

La observación alfonsina es más ingeniosa que exacta. Tanto que, como decía a otro propósito Maquiavelo—se refería a Savonarola—, si no nos paramos a pensar, nos convence, de buena que resulta la frase estéticamente. Mas cuidado con el ingenio, machaquemos, que muchas veces—no en este caso—oculta una falta de juicio, cuando menos una alteración de valores. No; los pecados de la inteligencia

no deben cargarse únicamente a la soberbia, sino al amor que se ve carente de manos y voz para advertir, porque los demás se han hecho pared, sordera y distancia: aislamiento, prisión, no soledad ensimismada. Tampoco es cierto que los pecados—ya la palabra *pecado* empieza por ser tremenda y debe tomarse con delicadeza—de la carne sean veniales, pues destruyen el alma del prójimo convirtiendo a la persona en cosa por ausencia de amor. No nos embarquemos en las frases, en su encanto musical: la carne es, cuando menos, la posibilidad de la persona, de traerle a tiempo histórico. Y si el cuerpo se degrada, padece el espíritu, no puede realizarse la posibilidad implantada originariamente. ¿No se nos ha dado la razón—como el cuerpo—para ejercerla con arreglo a sus normas, para posibilitar el cumplimiento, su cumplimiento, la criaturización de lo único?

Don Miguel, como el propio Darío, pensó que lo superior de Rubén no era lo más popular; cosa, por otra parte, normal: supera la mediocridad a la selección y tendemos a identificar lo mejor con lo que nos llega cómodamente o somos capaces de gozar. Pero estas apreciaciones de don Miguel—también él, hombre con tachas, aunque basta decir hombre para manifestar limitación—tiene grandeza y justicia: «Había algo que nos mantenía apartados aun estando juntos. Yo debía parecerle a él duro y hosco; él me parecía a mí sobrado comprensivo. Y no me entrego a los que se esfuerzan por comprenderlo y justificarlo todo. Prefiero los fanáticos y los sectarios, de cualquier campo que sean. Acabo por entenderme con un fanatismo opuesto al mío. La razón común del fanatismo, del apasionamiento, une aun a los contrarios. Y Darío no era apasionado. Era más bien sensual: sensual y sensitivo. No era la suya un alma de estepa caldeada, seca y ardiente. Era más bien húmeda y lánguida, como el Trópico en que naciera. Y muy infantil. Lo que digo en su elogio. Un alma de niño grande, con todas las seculares añoranzas indianas.» (*Obras completas*, VIII, 532.)

No creo que se puedan defender el fanatismo y el apasionamiento—sino en lo que tienen de disparo energético—, porque llevan a la ceguera. Y la falta de conocimiento hace al hombre animal de explosiones y embestimientos, le degrada en fiera y bestialidad. Frente a fanatismo, conocimiento, don Miguel, aunque usted decía, más allá de la piel engañadora: fanatismo=sinceridad. Usted supo, «donquijotesco don Miguel de Unamuno», en el trago amarguísimo de su final, cómo hay que callar y dejar de ser—¡mi yo, Dios mío; que me quitan mi yo!—ante una fuerza irresistible, no frente a un razonamiento libertador.

Era cierta la observación de sensualidad y de languidez en Rubén, así como su grandeza poética y su influencia y liderazgo en la lírica hispanoamericana posterior, si bien los discípulos—por tiempo y aparición—puedan influir sobre los maestros. Don Miguel, en el artículo «De la correspondencia de Rubén Darío», recogida en el lugar antedicho, reconoce en la página 532 sus deudas a éste, entre otras sus trabajos en *La Nación*, de Buenos Aires—gran proeza intelectual—, que tanto sirvió al rector de Salamanca: «Figuraos, lectores, si le debo. Y fue él, Darío, quien, cuando publiqué mi libro *Poesías* [1907], dijo de éstas lo casi único que de algo sustancioso, de comprensivo, sobre ellas se dijo, y lo dijo aquí, en estas columnas. Demostrando con ello la amplitud de su estética», frente a la intransigencia unamuniana a ratos, que no era cabezonería y sí creencia muy razonada. De todas maneras nos quedamos, no con el banderizo—y lo era por amor, insistimos—, con el que dice: «esta ofrenda mía al gran poeta es una obra de paz» (*O. c.*, p. 536). Y, a pesar de todo, Rubén fue «un alma infantil, noble, cándida y pura», en exactas palabras unamúnicas (p. 545).

Mas el artículo escrito abriéndose una vena fue el que publicó Unamuno en la revista *Summa*, de Madrid, el 15 de marzo de 1916. (*Obras completas*, VIII, pp. 518-523. Citamos por la benemérita edición de García Blanco.) Es un poema en prosa más que un artículo, de brevedad superior a lo normal entonces en Unamuno, prosa que debería copiar íntegramente, y cuya lectura recomiendo. Rubén, nos dice don Miguel, era «bueno, entrañablemente bueno. Débil, entrañablemente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir a morir junto a su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo».

En otro momento del emocionante artículo, valiente *mea culpa*, escribe el padre de *Paz en la guerra*:

«Sea, pues, justo y bueno.» Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogantemente en la capa de desdén de mi silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente, ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha.

¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno.

Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los—al parecer—más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. [Medítense—rogamos—estas palabras solemnes para los que hablan por

hablar y creen que Unamuno odió a Cervantes.] ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No; ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Y acaba don Miguel —tuvo que llorar al escribir tan hermosísimo artículo—:

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: este tu hermético y huraño amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras no de benevolencia; de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que —más vale no pensar por qué— no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quiero creer que sí.

Hay que ser justo y bueno, Rubén.

En la preciosa carta rubeniana de París y septiembre —con *p*, don Miguel, como usted advertía—, a más de humanidad, bondad y justicia, hay un juicio —Rubén aún no había leído *Poesías*— probatorio de que Unamuno beneficiaba ya mucha fama poética entre los inteligentes dedicados a las letras:

Y luego —recalcaba—, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta. Que le ofrezcan a usted del sabio y del profesor, no me extraña. Su función universitaria le hace acreedor a ello, y nunca es de desdeñar una mayor cantidad de ciencia. Mas ¿quién ha de ver en un hombre tal el don de la poesía sino los poetas?

La fuerza de Unamuno residía, como vio admirablemente Darío —sin contar con otros azares: naturaleza, talento —en su sobriedad y felicidad familiares. Y, con mucho dolor, le rogaba: «debe comprender a los que no tienen tales ventajas». Rubén era un descabalado, un hombre que no tuvo sosiego familiar, como prueba su infancia y nacimiento. (Apunto un hecho para explicármele, no formulo una condena, pues resulta muy difícil juzgar cuando se ha vivido algo conscientemente.)

Como no entiendo los textos desvinculados de personas, lugares y tiempos, no situados históricamente, voy a traer unos testimonios, patéticos en unos casos, envidiables en otros, esclarecedores en las distintas aportaciones.

Unamuno y Maragall —coetáneos de Rubén— fueron monógamos, castos, sobrios y regulares —«tengo la constancia rítmica», escribía el gran catalán— en costumbres y trabajos. Rubén —no hablo de vicio, aludo a desgracia— era desparramado, amargo en las raíces, un tanto desolado, por lo que se quemó antes de tiempo. Veamos, en algún

plano, a los tres hombres en su intimidad, desnudos de alma en lo sagrado de una carta, donde los humanos aparecen más como son, aunque haya histriones que se automonumentalizan pensando que no se les ve la trampa.

En el libro *Unamuno y Maragall: Epistolario y escritos complementarios*, Barcelona, 1951, dice don Miguel a don Juan—carta de 15 de febrero de 1907, el año de *Poesías* del primero, a sus cuarenta y tres años—:

En su última carta me hablaba usted de mi tienda de campaña. Sí, en mi vida de lucha y de pelea, en mi vida de beduino del espíritu, tengo plantada en medio del desierto mi tienda de campaña. Y allí me recojo y allí me templo. Y allí me restaura la mirada de mi mujer, que me trae brisas de mi infancia. Nos conocimos, de niños casi, en Bilbao; a los doce años volvió ella a su pueblo, Guernica, y allí iba yo siempre que podía, a pasear con ella la sombra del viejo roble, del árbol simbólico. Y allí me casé. A mi mujer la alegría del corazón le rebosa por los ojos, y ante ella tengo vergüenza de estar triste. Un día, hace años, cuando me preocupaba lo cardíaco, al verme llorar presa de congoja, lanzó un «¡hijo mío!» que aún me repercute. Y ésta es mi tienda de campaña.

(Parece ser que la escena se produjo el 21 o el 22 de marzo de 1887, durante la crisis religiosa de Unamuno, que le quitó el sosiego interior y le alumbró *el sentimiento trágico de la vida*. Don Miguel matrimonió con doña Concha Lizárraga el 31 de enero de 1891, el mismo año que llegó Unamuno a Salamanca. El 30 de mayo de 1934 se le murió doña Concha, la maternal, amparadora, dulce compañera.)

Admirable, contradictorio, desgarrado, humanísimo y gigantesco Unamuno, con el niño fundamentador vivo siempre en lo más radical, sonante como el escrupulillo del cascabel, aunque no se vea. Y de ahí su bondad cimentadora, sus rabietas trascendentales, su poder desdeñarse sin trapacerías: no acababa de entender lo que necesitaba su sosiego. O, mejor, lo sentía—no siempre claramente—, lo vislumbraba sin poder realizarlo, aprehenderlo. En esta confesión del rector salmantino residen muchas explicaciones de la actitud humana de todos, menos de los segurísimos imbéciles: de los que no tienen tienda de campaña—raíces y refugios en la mujer—; de los que viven a la intemperie, durmiendo en cualquier umbral: los que apagan la sed en los charcos; de los que no necesitan de la clandestinidad y viven en la norma sin esclavitudes sensuales; de los desarraigados y sin la patria inicial del hogar, de la esposa, de la compañera, de la madre. Porque un sentidor—y todo hombre lo es mientras no se le seque la infancia en cinismo, en orfandad de sí—precisa de unos brazos donde llorar a veces la desesperanza sin culpa que da el mundo in-

justo, la impotencia de ver sin lograr, el pavoroso hecho de crecer y pasar sin remisión, la lucha con la sombra original, la necesidad de estar en claro, de superar la enfermedad y la muerte. Y salva oír ese *¡hijo mío!*—¿«viviendo toda falta, / muriendo todo sobra», Lope conmovedor?—, la protección de la madre que siempre hay en toda mujer verdadera, que si en ocasiones no comprende—¿comprendemos en cualquier momento los hombres?—, sabe sonreír, callar, investida de las fortalezas primeras y últimas: tradición y semilla, futuro. Aquel heterónimo machadiano inventor de la *Máquina de trovar* o aristón poético, Jorge Meneses, a pesar del «aditamento inútil o parte muerta de la copla», sacó a su artilugio mecánico—¡ay, corazón de don Antonio: «porque el que se burla, a veces se confiesa», que dijo Gracián, otro español de brasa y norma!— estos versos que no se pueden tomar a broma:

*Dicen que el hombre no es hombre  
hasta que no oye su nombre  
de labios de una mujer.  
Puede ser.*

*Puede ser*, ¿es chufra, desesperado encogerse de hombros, echarle desprecio a las lágrimas, pavorosa ignorancia?

La reacción de Maragall ante la confidencia unamuniana, consuela y fortalece, tan cordial y respetable es:

Siempre la última carta que recibo de Vd. me parece la mejor, pero en esta última de ahora hay un párrafo que me ha ido directamente al corazón como ninguna otra, y es aquel en el que me habla de su intimidad doméstica y de la compañera de su vida; es quizá, por lo muy metido, que yo vivo en la numerosa familia que me he hecho [tuvo 13 hijos] y porque yo también me casé por puro amor...

Y en otro momento de la misma carta de 7 de marzo de 1907:

Pero sea lo que fuere, aquel grito "¡Hijo mío!" que me refiere Vd., y cuyo eco me había estremecido ya las entrañas hacia el final de su *Amor y Pedagogía*, ahora al verlo tan vivo en su carta me ha llenado los ojos de lágrimas... y no a mí solo, también a la compañera de mi vida, que no es tan fuertemente serena como la de Vd., sino que en ella el amor extremado se le vuelve un continuo temblor por mí y por los hijos; y esa inquietud suya ha sido para mí una educación de serenidad.

Se ve que los contrastes son complementarios e imprescindibles para impedir el choque matrimonial desastroso. En el matrimonio

también opera el azar, suprema ley de la vida, por ahora. Y quien en el matrimonio acierta, en nada yerra, como se ha dicho con muy buen olfato y en cifra, porque una sociedad pacata ha dictaminado unilateralmente que hablar de lo que más nos importa es obsceno. Y de la casa—humanizada en hogar—, de la intimidad sagrada, sale la acción social de los hombres o su desmadejamiento, si bien casi todo sea problema de conocimiento—y nutrición—, más firme terreno para edificar y continuar que la corazonada, la pasión y los sentidos arrastradores, aunque también comunican. La razón humaniza—no esa razón seca de los que no quieren ver la verdad—, defiende, alumbra, asegura la continuidad. Sólo hay orden verdadero en el conocimiento—y vida humana—, lo otro es disciplina mecánica, necesaria en su punto. El resto suele ser literatura, y no de la mejor: reblandecimiento melodramático. O hambre de sexo y de comida. Se es más con mayor conocimiento. *Tener* más acaba en asunto de cantidad, no cualitativo, diferenciador, propio, si se reduce a las cosas canjeables por precio.

De ahí que el celibato—un desconocimiento de la vida familiar, en ocasiones sublimación del sexo, como del pensamiento dijo Platón adelantándose veinticinco siglos a Freud—; el celibato por vicio o por virtud, es un oponerse a la naturaleza. El célibe no entiende, por lo común, el complejo de la convivencia social, por carecer de familia propia, la que se hace, no la que nos da hecha. Y por lo mismo ciega la realidad con fantasías, sueños o dogmas sin ley a la altura del hombre. Quien no está pasado por una mujer maternal—los sucedáneos de la mujer, el virago, la hembra zoomorfa, la boa, la atiza locuras, pues las fantasmagorías quijotescas o petrarquistas suelen ser destructuoras en un sentido o en otro—, quien no esté casado—no apareado sin más—, tenga hijos de la carne o no, será un hombre en crudo, sin haber llegado a puntual madurez y altruismo. (Y conste que los dones no son propios, sino encontrados y, a veces, no merecidos. Decir a rajatabla que las cosas son así o asá—y más en este campo tan sutil y quebradizo, tan cambiante de pareja a pareja—resulta simplísimo, ganas de curarse con el bálsamo de Fierabrás.)

La inquieta, sensitiva compañera de Maragall—doña Clara Noble, con quien casó en 1890, hija de inglés y de andaluza jerezana, de diecisiete años entonces—, le obligó a mayor serenidad, según nos advierte:

Para aquietarla he tenido que afectar a veces mayor despreocupación de la que sentía por mi salud [Maragall—13 años mayor que Clara—nació en 1860, murió en 1911], y ejercitar un dominio sobre

mí mismo ante un riesgo que amenazara a los pequeños o a ella misma, y esta afectación y este ejercicio han generado en mí una segunda naturaleza..., hasta cierto punto.

Como se advierte, el amor es capaz de crear una segunda naturaleza. Cuando menos tiene fuerza y alegría para depurar la primera, la insoslayable e impuesta, en la que nos embarcan a ser gastándose, única forma de realizarse. Recordemos para valorar las preciosas y honestas intimidades tan válidas a fin de entender —y respetar— lo humanismo de la obra de ambos hombres, que Maragall murió a los cincuenta y uno años, cuatro después de estampar las palabras que recogemos. (Rubén a la vista de los cuarenta y nueve. Don Miguel a los setenta y dos.)

El 29 de noviembre de 1913 —desde Valldemosa, en Mallorca—, Rubén Darío escribió una carta desolada —prosa y turbiedades, como se habla en la desesperanza— a su amigo Julio Piquet, ante la que nos colocamos respetuosa y doloridamente.

En otra ocasión —«Epístola», dirigida a la señora de Leopoldo Lugones, de tan desastrada muerte él, y en el magnífico poema «La cartuja»— sangró ya dramáticamente desde Mallorca, la isla que le enamorase. (En Mallorca estuvo dos veces Rubén —1906/1907 y 1913/1914— en casa del matrimonio Juan Sureda y Pilar Montaner, pintora: «Los olivos que tu Pilar pintó son ciertos».)

En «Epístola», poema autobiográfico y estremecedor, recogido en *El canto errante*— 1907—, se lee:

*La neurastenia*

*es un don que me vino con mi obra primigenia.  
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, como y tanto!  
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!  
¡Y tan buen bebedor guardo bajo mi capa!  
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa...!  
Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,  
que estoy grave...,*

aunque dijesen que era mucho ruido y pocas nueces doctores de «una sapiencia suma». Y prosigue, con implacable lucidez:

*A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,  
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,  
y las ingratitudes. Mi maldita visión  
sentimental del mundo me aprieta el corazón,  
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.  
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.  
Por eso los astutos, los listos, dicen que*

*no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!  
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.  
Que no soy hombre práctico en mi vida... ¡Estupendo!*

Y después de hacer fe de sensualismo, se queja así:

*¿Saben esos  
que tal dicen, lo amargo del jugo de mis sesos,  
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta...?*

En otro momento del poema, contemplando el tiempo, la vida, irreversibles, abre así sus entrañas:

*¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas  
costas antes de que las prematuras canas  
de alma y cabeza hicieran en mí la mezcolanza  
formada de tristeza, de vida y esperanza?  
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!  
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,  
al sentir como un caracol en mi cráneo  
el divino y eterno rumor mediterráneo!*

De la turbulencia interior de Darío—un impulso que asume y lleva a la catástrofe, viéndolo sin poder remediarlo, falta de voluntad—nos habla en el poema «La cartuja», que incorpora a su libro *Poema del otoño*, 1910:

*¡Ah!, fuera yo de esos que Dios quería,  
y que Dios quiere cuando así le place,  
dichosos ante el temeroso día  
de losa fría y ¡Requiescat in pace!*

*Poder matar el orgullo perverso  
y el palpar de la carne maligna,  
todo por Dios, delante el Universo,  
con corazón que sufre y se resigna.*

*Sentir la unción de la divina mano,  
ver florecer de eterna luz mi anhelo,  
y oír como un Pitágoras cristiano  
la música teológica del cielo.*

*Y al fauno que hay en mí darle la ciencia  
que al Ángel hace estremecer las alas.  
Por la oración y por la penitencia  
poner en fuga a las diablas malas.*

*Darme otros ojos, no estos ojos vivos  
que gozan en mirar, como los ojos  
de los sátiros locos medio-chivos,  
redondeces de nieve y labios rojos.*

*Darme otra boca en que queden impresos  
los ardientes carbones del asceta,  
y no esta boca en que vinos y besos  
aumentan gulas de hombre y de poeta.*

*Darme unas manos de disciplinante  
que me dejen el lomo ensangrentado,  
y no estas manos líbricas de amante  
que acarician las pomas del pecado.*

*Darme una sangre que me deje llenas  
las venas de quietud y en paz los sesos,  
y no esta sangre que hace arder las venas,  
vibrar los nervios y crujir los huesos.*

El poema termina con este hondo suspiro subrayado por admiraciones, sin tener idea de lo que pasará—desarraigado, sin lazos verdaderos— a la vuelta del minuto siguiente, no ya del día de mañana:

*¡Y quedar libre de maldad y engaño,  
y sentir una mano que me empuja  
a la cueva que acoge al ermitaño,  
o al silencio y la paz de la Cartuja!*

Mas bajemos del dolor que no lo parece por milagro de la poesía, disimulado el grito en música, la suciedad visceral en metáfora, sublimada la realidad, des-realizándola para el lector romo a quien el encanto escamotea la tragedia. Rubén decía a Julio Piquet en la carta anunciada:

Yo contaba, para poder rehacer mi vida, con la hacedera separación. No obstante, siento ya lo triste de mi soledad, después de catorce años de vivir acompañado. Hasta con los animales se habitúa uno. Y luego, cuando hay afecto y lástima...

¡Qué diferencia de tono—y de verdad—entre estas palabras y las de Maragall o las de Unamuno! ¡Pobre Rubén y pobre Francisca Sánchez! ¿Después de esto, retórica los versos de los grandes poetas, palabras, palabras, palabras? Es posible—y es seguro—que en el poema se categorice la anécdota para universalizarla y *no ser obsceno*—para el prójimo frívolo o coriáceo caso de estadística las cosas de hombres y mujeres cuando no son propias y nublan o borran el mundo, lágrimas o locura—. Mas debajo de las imágenes coruscantes se desangran los hombres de carne y hueso o la poesía se queda en mera literatura despreciable. Los poetas—ya lo sé: peor para ellos—sangran y se duelen de ver y de clamar en el desierto, sin poder compartir una riqueza: hablan y no hay oídos, o el idioma

significa distinta y contrariamente. No todo es particular en las raíces del poema—en el común denominador humano—, en esa claridad enclaustrada que es la poesía, energía instintiva, oscura, que se explicita en el verso y se hace trascendente, va del uno al otro en ese transver y antever que se criaturiza en el poema.

Y el desdichoso Rubén—más desvalido por más en carne viva de sensibilidad y conciencia que las gentes normales, «vulgo municipal y espeso», defendidas por cegueras y falta de necesidades—, dice aún con mayor desolación:

El estado moral o cerebral mío es tal que me veo en una soledad abrumadora sobre el mundo. Todo el mundo tiene una patria, una familia, un pariente, algo que le toque de cerca y le consuele. Yo, nada. Tenía esa pobre mujer—y mi vida, por culpa mía, de ella, de la suerte, era un infierno—. Y ahora la soledad. Apenas el trabajo logra por momentos quitarme la dura preocupación. (*Epistolario I*, páginas 77-78. Vol. XIII, *Obras completas*. Madrid, 1926.)

En estas desgarraduras rubenianas hay muchos datos para ahondar en el ser recóndito de un hombre—¿quién que es no es lamento? parodiamos—, de sus reacciones y de sus obras. (¡Ese trabajo como cura, huida a la desesperación!). Y concluye así Rubén, con este sordo desconuelo, ronco decir de hermano lobo—no precisamente de autor de cisnerías, princeserías y aristocraterías—, que sacado del contexto podía ser un aullido unamuniano: «¡Mi misma fe es tan a tientas!».

La mujer de la carta a Piquet era Francisca Sánchez, serrana abulense de Gredos, nacida en Navalsauz en 1875, ocho años después que Rubén. Murió en Madrid el día 6 de agosto de 1963, a los ochenta y ocho años de edad, en el Hospital de San Juan de Dios, de cáncer facial. (Rubén falleció el 6 de febrero de 1916, en León, Nicaragua.)

A Francisca le llamaban en su pueblo *La cónsula*, porque se había mitificado el rango diplomático del genial poeta. Yo estuve en Navalsauz en el verano de 1957, tras las huellas de Rubén. En mi libro *Poemas de andar España*—perdón por autocitarme—se registra el hecho. Nos encontramos a Francisca Sánchez casi ahechando trigo, como Sancho mintió piadosamente haber visto a Dulcinea. Entonces era la viuda de Villacastín y decía *don Rubén* constantemente, llorosa y suspirante. Nos trató con mucha cortesía y nos habló del baúl con cartas y papeles del poeta, que vimos por fuera.

Quien escribió las trágicas palabras de la carta a Piquet cantó así a Francisca Sánchez en un poema fechado en París en 21 de febrero de 1914, el desastroso año que trajo la primera guerra mundial:

*Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez, acompáñame...*

*En mi pensar de duelo y de martirio,  
casi inconsciente me pusiste miel,  
multiplicaste pétalos de lirio  
y refrescaste la hoja de laurel.*

*Ser cuidadosa del dolor supiste  
y elevar el amor sin comprender;  
enciendes luz en las horas del triste,  
pones pasión donde no puede haber.*

*Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe;  
hacia la fuente de noche y olvido,  
Francisca Sánchez, acompáñame...*

Como en un verso memorable del propio Rubén, «Toda exégesis en este caso eludo». Y más aún cualquier fiscalización montada sobre apriorismos morales. La verdad es que los versos copiados son eternos y limpios, que magnifican al poeta y a la mujer, que si no le entendió, le tuvo fidelidades de esclava porque, al menos en algún tiempo, poseyó el don de temor del amado. Francisca Sánchez tuvo intuición de la grandeza de aquel hombre que la deslumbró, aunque la acibarase la vida antes y después de su convivencia, menos poética de lo que dicen los versos a una primera lectura que no quiere abrir el vientre a las palabras. En aquella unión, si Rubén puso el genio —que no le costó nada, aunque supo merecerle con trabajos—, Francisca aportó la paciencia, la fortaleza natural, la juventud limpia y sana, el heroísmo que da el vivir como ella lo hizo en una sociedad hipócrita regida por formalidades —y compensaciones económicas de la honra—, no por dación amorosa.

Rubén era un poeta enorme, pero debió de resultar un insufrible marido, escocedor amante. Creemos, a pesar del drama de la incompatibilidad luego de la copulación, tan animal sin otra finalidad que satisfacer la carne, que puso más en la balanza Francisca, mujer española de principios de siglo —analfabeta al principio, de origen humildísimo, para que no se la creyese más negociante que enamorada—, en

un país donde el deshonor de la mujer —estimaciones fisiológicas— es el triunfo del macho: la honra es más dato físico que conducta y obras. El era un hombre superior y había que perdonárselo todo: hoy por ti mañana por mí. Los que adulteran y dictan la moral del prójimo —la que no practican—, condenan a la mujer que dio a Rubén los únicos momentos de paz y hogar —y otro hijo que le sobrevivió— tenidos por aquel niño ciego, inerme, incapaz de valerse por sí mismo en el mundo normal, sin autodomínio de sí en la tormenta de los apetitos sensuales. La vida es muy dura para algunos, demasiado larga para no mancharse, a veces para que no nos manchen: ¿hay una resistencia y fatiga de la moral, fenómeno que también se da hasta en los metales?

Siempre quedará Francisca Sánchez, la campesina de Navalsauz, coronada por ese poema verdadero que se le cayó, maduro de agradecimiento, si no de amor, a Rubén. Y, sobre todo, como *ajena al dolor y al sentir artero*, enamorada, fascinada, mujer capaz de *condenarse* en ambos mundos por oír el corazón, pues la cultura no le valía (1).

No se olvide, al valorar vidas y conductas —también en ética como en Derecho, *in dubio pro reo*—, que el poema escrito prevalece y mana gloria en los casos mejores, mientras el milagro diario del orden, el mantenimiento habitable de la casa —el refugio de cada día—, el esfuerzo cotidiano desaparece todas las noches y hay que renovarle mañana tras mañana. La compra, la comida, la limpieza, hechas por manos amorosas, no mercenarias, que se toman o se dejan a capricho, son tareas fundamentales y desagradecidas. (Sin contar sacrificios de otra índole e intimidad, en las que puede condescenderse violentamente más que coincidir o concordar.) Pero fuera de ese orden y habitabilidad —genialidad femenina— tan difícil y costoso de mantener con alegría y como si nada, no hay sino confusión y cochambre, descabalamiento y desarraigo. Y para el hombre sensible y dedicado a

---

(1) Rubén se casó por primera vez con la salvadoreña Rafaela Contreras, en 1890, a los veintitrés años de él. En ella tuvo un hijo, Rubén Darío Contreras. Rafaela es la *Stella* de los versos rubenianos, muerta en 1893, el mismo año en que contrae segundas nupcias con Rosario Emelina Murillo, nicaragüense, la *garza morena*, como la llamó Darío. En 1901 se le murió a Rubén Darío una hija natural, nacida de sus relaciones con Francisca Sánchez. En 1904 falleció otro hijo de la anormal situación jurídica: el llamado Phocas por su padre en uno de los poemas que honran la lírica universal. En 1908 nace un tercer hijo de la pareja Francisca-Rubén: Rubén Darío Sánchez. Con Francisca Sánchez vivió Darío catorce años, en los que no vamos a hurgar ahora. Muy poco tiempo convivió con la dulce Rafaela, que hubiese ordenado y tal vez puesto a salvo su salud física y quizá agrandado su vuelo poético. Con Rosario Murillo —su primer amor— apenas tuvo relación convivencial y de casados. No se habían visto desde su matrimonio —tan controvertido— hasta que llegó, resaca de Europa, a morir a las playas originales. Dejemos sin tocar el problema de los diversos testamentos darianos, tan esclarecedor por otra parte.

la meditación, el contorno se torna caos, selva pavorosa, lo que no entendemos bien hasta no pasar por la cárcel injusta o por la guerra. (Claro que sólo el dolor injusto—el inocente, no el nacido de culpa—es formativo: el dolor que no deshonra, el que viene de fuera sin haberle provocado.)

El mundo sigue y el hombre tiene futuro merced al milagro permanente de las madres, de las mujeres dignas de ese nombre, cualesquiera sean los papeles o la falta de ellos que las presenten. ¡Pobre amor el que necesita protección legal, aunque también desdichado el que pudiendo no se atreve a presentarse a la comunidad! Lo demás es retórica de los bien avenidos con la fortuna, dama poco recomendable: hipocresía de las formas, fuerza que silencia, y que si puede engañar a los hombres, no pasará como buena doctrina a los ojos de Dios. La ley no crea el amor, aunque lo santifique ante la sociedad. (No se olvide que los ministros del sacramento, en el matrimonio católico, son los contrayentes, y el sacerdote un testigo de excepción. Todos los asuntos humanos se perfeccionan por el libre consentimiento. ¿Hasta cuándo se consiente, cómo se consiente, para qué se consiente?)

Salvo las excepciones, siguen teniendo validez las palabras—sí, don Sem Tob: la verdad es la verdad aunque judío la diga—de Cicerón, hombre de mejor prosa que conducta, quien magnificado por la filología no puede ser tan bien recibido por la moral: todos somos siervos—servidores—de la ley y por eso podemos ser libres. Sólo hay libertad en el acatamiento a las normas. (Que no son coacción impuesta por la fuerza, sino la seguridad que da el conocimiento.)

En el silencio congojoso, en la dolorida perplejidad de los tiempos, sonarán siempre—chorro de agua limpia— versos que tal vez sean la última luz y voluntad de un corazón anubarrado:

*Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez, acompáñame...*

RAMÓN DE GARCÍASOL  
Cristóbal Bordiú, 29  
MADRID